



ARTURO PRAT UNA TRADICION DE SANTIDAD (1)

Enrique Cordovez Pérez
Capitán de Navío

Hablar de un héroe tan conocido como Arturo Prat trae consigo el doble desafío del conocimiento histórico de los hechos, y el significado de una personalidad que, en determinado momento, es capaz de cambiar su curso.

Buscando un enfoque diferente para esta oportunidad es que he pretendido ensayar ante ustedes la aproximación sociológica de quien aún mantiene vigente su presencia como modelo de vida en nuestras conciencias.

Tal empresa no está exenta de la gran dificultad de poder realizar todos los méritos que prestigian su vida. Como es de suyo conocido, tanto los pormenores del combate naval como de su corta existencia entre nuestros antepasados, es que la originalidad del enfoque reside en mostrar el efecto que su conducta ha legado a nuestra generación y las futuras.

El título escogido para este tema trae dos aspectos relevantes y sobre los cuales no siempre se medita con la debida profundidad. Comúnmente asociamos la santidad con la religión y en ese ámbito, precisamente, es que se estima pertinente referirnos con este término a una persona de especial "Virtud y ejemplo".

Un autor extranjero, Williams F. Suter publicó, a principios de los ochenta, un libro referido a la imagen heroica en Chile, al que subtitó "Arturo Prat, un santo secular". La indagación histórica, llevada a cabo por él y un grupo de colaboradores, de la Universidad de California, llega a la conclusión que se encuentra no sólo frente a un héroe naval, sino que a una imagen nacional de ejemplaridad.

Textualmente expresa "los chilenos, amenazados y angustiados, necesitaban un héroe, y Arturo Prat es el primero en satisfacer esta cualidad. El no fue un fenómeno efímero, un Oliver Hazard Perry, que tuvo éxito en la tarea asignada y luego se eclipsó en la oscuridad. Más bien Prat se ha mantenido vigente debido a que, las virtudes que ejemplificará y los actos que desarrollara, pueden ser usados para iluminar los requerimientos de una sociedad siempre cambiante. El

¹ Publicado en el libro "Anclaje Cultural", Capítulo Arturo Prat, una tradición de santidad, páginas 171-178, Dirección de Educación de la Armada, año 1992



héroe, entonces, puede perfeccionar la quinta esencia de las aspiraciones y deseos, llegando a ser un símbolo, no de una época, sino que de la eterna búsqueda de la perfección humana".

Es así como entonces nos remitimos, ahora, al significado del término tradición y encontramos, en la rica acepción de la "reserva de sentido común", el rumbo que orienta nuestras acciones, el sentido que se puede reconstruir en una conversión y que yo quisiera transmitirles en esta oportunidad. Prat se ha hecho parte de nuestra comunidad de valores, está anclado, por así decirlo, en la conciencia colectiva.

He aquí que nuestro punto de partida: mirar a Prat como "una persona de especial virtud y ejemplo que constituye nuestra reserva de sentido común".

Desde esta perspectiva nos encontramos frente a un héroe nacional y no puramente naval; pero, ¿Cuáles son aquellas virtudes que la hacen superior a otros hombres?, ¿Por qué entregó su vida?, ¿Cómo logró que su gente le siguiera?, ¿Para qué sirvió este sacrificio?

Las respuestas que darían los clásicos de la sociología a estas preguntas, varían según sean sus propias visiones de la realidad. Exploraremos a continuación tres de los principales enfoques en la línea de las condiciones materiales, los hechos sociales y el significado de la acción, tratando de combinar la realidad del pasado con su proyección al presente.

Antes que nada es preciso situar la vida de Prat en el contexto social que le tocó vivir. La comunidad chilena había declarado su independencia de la madre patria sólo 30 años antes de su nacimiento y hacía sólo 15 años que se había conformado la organización del Estado portaliano. Chile había sido uno de los primeros países de Iberoamérica que adquiriría la forma moderna del Estado-Nación, continuada por las seguras manos de Prieto, Bulnes y Montt. Su nacimiento en San Agustín de Puñual en 1848, se producía en un medio pujante, que luchaba por conservar su identidad política y consolidar su integridad territorial.

La institución cultural de la Hacienda de la cual es oriundo Prat, había posibilitado a Chile que sus productos agrícolas llegaron a Australia y California, pues O'Higgins había dado impulso a que Valparaíso se convirtiera en emporio del Pacífico. La máquina a vapor y las técnicas modernas abrían a Chile campo a la iniciativa privada, de la cual eran tributarios Wheelwright, Domeyco y



Stephenson. La Universidad de Chile, la escuela de preceptores y la de Bellas Artes posibilitaban también el desarrollo intelectual de los chilenos.

Nuestro país había consolidado el Estrecho de Magallanes, Valdivia y Llanquihue, a la cual llegaban los primeros inmigrantes alemanes. En fin, sin abundar en más detalles, lo anterior nos permite comprender que Prat llegaba a un mundo de progreso y de cambios de los cuales una nueva aristocracia de los negocios y el estudio, comenzaba a suplantar a la del suelo y de la sangre.

Su padre un esforzado negociante de clase media nominado por el infortunio reconstruía su heredad en el trabajo del campo en Maule con el apoyo de sus suegros; lugar que deberá dejar para trabajar en un fundo de Santiago, en Providencia. Arturo, niño, entrará a la Escuela de la Campaña, tres cuadras al sur de la Alameda, en la calle que lleva su nombre; para cuatro años más tarde ingresar a la Escuela Naval.

En este entorno social es fácil entender que Prat se identificará con los más claros valores de la nacionalidad, al margen de la combinación entre el pragmatismo británico y la ilustración francesa, le tocó participar en el combate de Papudo y la posterior captura de la Esmeralda, luchando por una soberanía que una vetusta España aceptaba a regañadientes.

Es así como organizaría su vida, dejando de lado, esta vez, los pormenores de un oficial de marina que se tituló como abogado, fue subdirector y profesor de la Escuela Naval y actuó como diplomático en la nación trasandina, para llegar pronto a los hechos que darían vida inmortal.

Podemos entonces preguntarnos hoy día ¿Qué hacían en Iquique las naves más débiles de la Escuadra Nacional? Efectuaban un bloqueo al puerto entonces peruano de Iquique, mientras el grueso de la flota buscaba su homónima en el Cabildo.

En esta última etapa, la nación se había desangrado y el Estado habría invertido su incipiente capital en tres grandes empresas bélicas. Los marinos de Iquique se hallaban solos frente a una costa hostil, separados de la Escuadra, y desvinculados de una sociedad renuente en asumir el esfuerzo de la guerra.

Estas eran las condiciones anímicas de las dotaciones de la Esmeralda y la Covadonga para enfrentar a los blindados de primera línea peruanos. Las condiciones materiales eran también las menos favorables, por lo cual esta perspectiva es incapaz de explicarnos fenómeno, lógicamente la hazaña moral de la rada de Iquique y la victoria naval de Punta Gruesa.



Intentaremos entonces, no ya en el plano de las cosas materiales, sino en la racionalidad de la conducta humana entender la ocurrencia de estos hechos sociales. Muchas veces hemos escuchado las absurdas bromas que él hace respecto del salto de Prat al abordaje, lo que probablemente se debe a que la lógica se resiste a entender las acciones cuya explicación ignora.

Pero, para entender lo ocurrido debemos primero conocer que los blindados peruanos eran buques de mayor tonelaje que la Esmeralda de madera y con un blindaje protector; que tenían superioridad artillera por una torre de cañones doble y giratoria, que correspondía a un diseño más moderno, que el buque de propulsión mixta a vela y vapor que era la Esmeralda.

Es importante recordar que el abordaje había sido una práctica usual del combate naval y que, así como el cuchillo y la pistola, la espada era no sólo el símbolo del mundo, sino que un indicativo convencional de los oficiales para dirigir el fuego de los cañones y el movimiento de sus hombres en el fragor del combate.

La decisión de Prat como muchos de su vida revelan una mente fría junto a un corazón ardoroso, una capacidad de decisión serena junto a un espíritu noble. Alguien ha dicho que de la improvisación hay mucho más de transpiración que de inspiración, queriendo dar a entender que no es posible el éxito sin una preparación previa.

La arenga de Prat ha sido analizada muchas veces, pero, se nos ha permitido señalar una vez más, que constituye una genial apreciación de la situación que se vivía, transmitida en un lenguaje claro y que no dejaba dudas de qué era lo que se iba a hacer y hasta qué extremo se iba a prolongar en lucha.

¡Prat saltó al abordaje y sus hombres sabían, con exactitud el deber que la Patria les demandaba!

Así un hecho social explica otro hecho social, en el fondo de la conciencia de cada tripulante de la Esmeralda se había esclarecido que las posibilidades de éxito eran mínimas y que lo más probable es que la muerte fuera el inmediato resultado del esfuerzo colectivo.

El principal fundamento de la moralidad pública es la ética religiosa, así como del derecho positivo lo es el derecho natural; igualmente la moral combativa se explica por la existencia de un código de honor, que también pesaba sobre la conciencia de quienes asumían el desafío; la bandera chilena jamás se había arriado y ésta no iba a ser la ocasión de hacerlo.



Hemos hallado en cierta forma la lógica que explica el conjunto de decisiones en las cuales dos buques se batían separadamente y la Esmeralda agota sus posibilidades tácticas, en su cambio de fondeadero y el abordaje a la cubierta enemiga, pero, ello no nos da el significado profundo de esta acción bélica.

Para ahondar, en este sentido, debemos reconocer en Arturo Prat un líder carismático, vale decir un hombre dotado de un don espiritual. Y yo por lo menos creo que los dones emanan de Dios.

Todos tenemos la oportunidad de actuar bien o actuar mal, de actuar generosa o egoístamente, pero hay algunos que se distinguen del común de los mortales, ya que su conducta está marcada por sucesivos actos de amor. Pero a los jóvenes que están aquí, los cuales divisan en mayor medida la esperanza positiva de un futuro por hacer, Prat constituye un ejemplo de esa virtud.

Por eso no estamos hablando sólo de un héroe, que se destacó por su audacia en las particulares circunstancias de un combate naval del siglo pasado. Estamos hablando de un padre dedicado a su esposa y a sus hijos, al socorro de su madre en la pobreza, de un abogado que defendió a sus compañeros ante la justicia naval; estamos hablando del profesor de la Escuela Naval, que se había lanzado al mar para llegar al buque donde ésta funcionaba, dado que ésta corría peligro en medio de un temporal. Estamos hablando en fin de un hombre real y no de una leyenda; nos referimos al cumplimiento del deber, a la persistencia del "deber ser" que marcó siempre sus poco más de 31 singladuras.

Retomando el argumento inicial, es lícito atribuir entonces santidad, en el sentido de las virtudes que hacen del último gesto de su vida un genuino acto de amor al prójimo, cual es el sentido cristiano del deber profesional, que ese momento le exigía dejar a sus seres más queridos. Esta virtud sublima la violencia para conservar la paz y el justo derecho de la nación en alcanzar su mejor destino.

Esta es la tradición de santidad a la que nos referimos en las primeras palabras de esta conferencia. A mi juicio constituye la reserva del sentido común que ha guiado a la Marina, a las FF.AA. y los gobiernos de Chile a buscar la felicidad de quienes habitan esta tierra y semejan un mar con la vocación del progreso y la firme resolución de defenderla ante cualquier amenaza en contra de los valores espirituales y permanentes de nuestra nacionalidad.



William Suter investigó de qué manera, tras la muerte de Prat, la imagen pública del héroe aflora de la conciencia colectiva en los períodos de crisis, para iluminar las tinieblas de las ambiciones personales que rompen la solidaridad y la convivencia pacífica en un Estado de Derecho, que se garantiza en última instancia en el estamento militar.

La recurrencia a la figura de Prat en los periódicos de la época, es un valioso testimonio de cómo, en períodos de crisis, su conducta ejemplar reaparece con plena vigencia como modelo de virtud, para denunciar la pérdida de cohesión social.

Es así como en 1888, previo a la guerra civil del 91, las publicaciones que aluden a Prat, alcanzan un número mayor de 200. Para después descender a un mínimo, durante el gobierno de su compañero de curso, el Almirante Jorge Montt. Pero, nuevamente, cuando irrumpe la "cuestión social" y el desempleo del salitre hace crisis, las referencias a Prat, crecen progresivamente, llegando a 120 en 1913, 150 en 1924 y a 200 en 1929.

No tenemos el registro más reciente de los actuales medios de comunicación. Sólo sabemos que hasta en el más alejado poblado de Chile existe una calle con su nombre y en muchas existe un busto del héroe. Sabemos que este uniforme que llevamos con orgullo tiene un significado, que compromete nuestra conducta, ante una sociedad en cuya conciencia reside una imagen, que no nos es permitido defraudar.

Finalmente tenemos la certeza de que Prat constituye un precioso legado, que continuará demarcando el norte de nuestro destino como nación, hoy, mañana y siempre, por la evidencia histórica y la legítima creencia en esta tradición de santidad.